

Capítulo II

Esto es así: un martes 6 de abril entré en prisión. Me había preparado psicológicamente para ese momento. Bueno, en realidad no, no me había preparado, es un decir. Simplemente sabía que llegaría esa hora exacta. No había vuelta atrás. No se pueden detener las agujas del reloj. Las puertas se abren y luego las puertas se cierran. Es así. Es así. El taxista, un hombre corpulento y con un fuerte acento de algún país del este, había decidido por iniciativa propia tomar una salida diferente de la autovía, porque, según sus palabras, de esa forma podía dejarme antes frente a la puerta del centro penitenciario. ¿Antes? Me esperaban unos años en los que esas palabras (antes y después) adquirirían sentidos menos claros y evidentes. Pesaba sobre mí un gran vacío; me rodeaba, me definía e increpaba al mismo tiempo esa elocuencia de no esperar nada. No tengo prisa, respondí, y el taxista, que ya me había reconocido por la prensa de esos días, lanzó una risotada exagerada. Salí del taxi con el sonido de su fuerte risa en mi cabeza, rebotando de un lado a otro como una pelota de ping pong. (Es justo indicar que esa imagen no es aleatoria sino inducida: en el folleto de la cárcel que me habían entregado la semana anterior se hablaba elogiosamente de la sala de juegos, y en la imagen que acompañaba al texto se veía una gran sala de esparcimiento con varias mesas de ping pong ordenadas matemáticamente.)

En fin, mira, la cosa fue que al llegar a la puerta de la cárcel me encontré con un par de periodistas que hacían guardia desde dos horas antes; ambos querían conocer mi situación emocional. Cuando me vieron salir del taxi sin compañía alguna, sin familia ni amigos (en realidad creo que perdí a unos y a otros hace tiempo), parece que creció el coraje en ellos. Con un gesto que parecía ensayado lanzaron al suelo y luego pisotearon el cigarrillo que andaban fumando. Se acercaron entonces apresuradamente hasta mí con el objetivo de preguntarme algo que rondaba la cabeza de mucha gente durante esos días, algo que recorría sulfuroso las mesas de redacción de periódicos y radios, algo simple, algo ya convertido en cliché en este tipo de casos: si tenía pensado tirar de la manta. ¿Tirar de la manta? Cómo que tirar de la manta. Vaya expresión de mierda. Esa era su única pregunta. Pero espera, quizás sea necesario detenerse aquí. Presta atención: durante los meses previos a mi ingreso en prisión había escuchado a diario esta estúpida expresión (tirar de la manta). Lo cierto es que de un modo un tanto exagerado (e incontrolable) había crecido un rumor según el cual obraban en mi poder cientos de grabaciones y documentos con la fuerza suficiente como para voltear todo el proceso. Según ese vocero yo poseía información comprometida con la que poder hacer caer a algunos miembros del ayuntamiento en el que había trabajado durante una década; que mi información podría implicar incluso nuevas ramificaciones que hiciesen más extensa la trama de corrupción. Me hizo sentir bien, quiero decir que me hizo sentir bien el hecho de que supusieran que yo era más listo o menos pusiláñime de lo que realmente soy, pero no, yo no era más que

una pieza idiota, consciente pero idiota de un proceso mayor. Me usaron en la misma medida en que me dejé utilizar. La lección que aquella noche en Jumella me había dado Jacinto Huerta (así se llamaba el hombre con el que pasé las horas en aquel bar, perdón) me había traído hasta aquí, tantos años después. Eso es lo que intento contar. Eso es lo que no sé si sabré contar. Pero en cierta medida tengo una ventaja: sé lo que va a suceder, conozco exactamente lo que va a ocurrir minuto a minuto, palabra por palabra; por eso escribir no es para mí otra cosa que una forma de raspar la capa de mugre que tiene todo lo vivo. Ha sido Bodo Latzú quien me ha enseñado recientemente que la escritura es paciencia, saber postergar, intuir el orden de lo caótico. Un escritor es un postergador. No hay nada extraordinario en la medida en que no existe lo ordinario. En fin, a lo que iba, el juicio en el que fui encausado y condenado había sido seguido muy de cerca por todos los medios de comunicación y durante semanas todas las tertulias debatían sobre la trama. Así lo llamaban: la trama, o también la operación churumbel, como aparecía en los informes de la policía. Los tertulianos de derechas buscaban pequeños resquicios argumentales, fisuras que sirvieran para exonerar del mayor peso de culpa a los de su corriente y confiaban, con razón, en librarse de la cárcel. Era evidente que las figuras visibles, los políticos más conocidos e incluso los de media posición estaban siendo descargados del peso real de su responsabilidad. Se habían establecido pactos invisibles desde los que se elevaban férreas barricadas periodísticas por las que era imposible que ciertas informaciones, por más que fueran verídicas, apareciesen como creíbles. La corrupción es un

surtidor de ficciones donde lo delirante adquiere músculo. Y he aquí lo fascinante, el juego de luces, el abracadabra de esta historia. En mi caso, mi papel secundario como guardián de papeles, de sobres y maletines en el sótano del ayuntamiento y en el trastero de mi casa, que parecía a todas luces el papel menos relevante y la cara menos conocida, iba a voltearse de la noche a la mañana en papel protagonista, algo así como si yo fuese el oscuro vórtice fundamental de un malvado plan de corrupción. Sí, de verdad, así es, así de loco. Alguien había decidido que ese tipo del sótano, o sea yo, ese tipo que apenas hablaba en las reuniones y que ni se sabía muy bien lo que hacía; ese tipo que se pasaba las horas sentado en un semisótano del ayuntamiento con «cosas de cultura», ese tipo habría de ser, alguien lo decidió así, el personaje adecuado para sostener sobre sus hombros toda la culpa de la malversación orquestada por políticos locales y empresarios ambiciosos. Hablaban de millones de euros. ¡Millones de euros!, esa era la cifra que según varios informes había pasado por mis manos. De este modo, el pusilámine que yo era, y que siempre había sido, apareció de pronto en los medios (prensa escrita, informativos de televisión, redes sociales...) como la siniestra y aguerrida mano negra ejecutora de toda una larga historia criminal. Nadie intentó ponerlo en duda. Un delirio. Pero hay más. Hay piezas que en ocasiones el azar pone a funcionar inesperadamente construyendo un orden que parece inquestionable cuando en realidad las raíces de ese orden no son más que espuma. Un periodista obtuvo información acerca de mi abuelo, es cierto, es así. Un periodista vinculado a la derecha mediática dio con un fino hilo del que